

	1.º	2.º	3.º
Madrid, Provincias, Extranjero, Filipinas, Ultramar.	10	15	20
El extranjero, Filipinas, Ultramar.	70	100	130

Se insertan anuncios a razón de 25 céntimos línea y espacio por cada día. Los anuncios de larga duración se cotizan a precio de convenio. El Eco de España se publica los días de excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO IV.

CRÓNICA PARLAMENTARIA

Del estado de descomposición y de anarquía que reina en la Asamblea se aprovechan algunos representantes para presentar a río revuelto proyectos de ley sobre asuntos de interés local o personal, y es preciso cortar el revés de estas verdaderas intrigas.

La Asamblea no tiene facultad para legislar sobre asuntos ordinarios. Es preciso pedir la suspensión de las sesiones. El Gobierno necesita poder obrar con energía para restablecer la disciplina del ejército, energía contra su propio partido y contra la Asamblea. Mucho pedir es, pero si el Gobierno se decide, lo conseguirá. Todo lo que pedimos y defendemos en estos momentos supremos en favor del Gobierno de la república, es en favor de la sociedad. Y al obrar así podemos decir con verdad que nunca una oposición radical, como es la nuestra, se ha conducido con más lealtad y patriotismo. Hacemos pública gala de nuestras opiniones, monárquicas y alfonsinas, pero conocemos perfectamente el estado de la Nación y otras muchas cosas, y con conocimiento de causa pedimos a la república orden, ejército y hacienda; porque no es posible hoy otra cosa. Y como no somos responsables ni tenemos la menor culpa de que no sea posible hoy otra cosa, nos lavamos las manos y defendemos a la sociedad de los males que nos amagan a todas horas y en todos los instantes.

En la sesión de ayer hizo muy atinadas observaciones el Sr. Arana al artículo 9.º de la ley de servicios pedidos por el poder ejecutivo. Los señores Primo de Rivera y Socas se enroscaron en confusiones y no acertaban a contestar. El Sr. Castelar comprendió toda la gravedad e importancia de las dificultades presentadas por el Sr. Arana, y refirió el artículo, para presentarle mañana de acuerdo con todo el Gobierno.

Todas estas cosas, hechas de repente, se resisten de no haber consultado todos los datos necesarios, y luego en la práctica son irrealizables. Meta la república en cintura a los soldados, y con la disciplina en el ejército tiene bastante.

Entrando en la orden del día, tomó la palabra el joven diputado alfonso Sr. Pidal, para contestar al Sr. Sanromá, en la parte relativa a los ataques que el diputado puertorriqueño había dirigido al catolicismo.

El Sr. Pidal ha pronunciado uno de los discursos más bellos, más enérgicos y elocuentes que se han oído en el Parlamento hace mucho tiempo. La causa del catolicismo fue victoriosamente sostenida en este punto con respecto a la abolición de la esclavitud, con una erudición sorprendente en quien cuenta pocos años de vida, con un aplomo y con un método y claridad más sorprendente aún en quien cuenta tan pocos años de diputado.

Recomendamos a nuestros lectores este notable discurso, en el extracto publicamos en su lugar correspondiente. Aunque el Sr. Sanromá, hombre de inteligencia y gran orador, no tuvo que replicar.

No merece la pena que nos ocupemos del discurso del Sr. Suñer y Capdevila, que dijo más herejías que palabras.

Hoy tendrá el Gobierno aprobada la ley de recursos, y hoy deba celebrarse la última sesión, pasando por las raíces todos los proyectos que hay presentados, y que son nido de discordias y enjambre de perjuicios para la pobre patria.

LA DISCIPLINA

El Gobierno se muestra dispuesto a restablecer la disciplina en el ejército: este es un propósito muy laudable; pero se nos figura que

es de muy difícil realización. El ejército se ha desmoralizado a consecuencia de las doctrinas que por espacio de cuatro años y medio se le han estado predicando, y de los funestísimos ejemplos que un día y otro se le han estado ofreciendo.

Constantemente se le ha dicho que era una monstruosidad el servicio forzoso; que al soldado se le privaba de su libertad de ciudadano para convertirle en verdugo; que no debía obedecer a los que le hacían volver sus armas contra el pueblo; que los soldados eran víctimas sacrificadas en aras de la ambición de sus generales; que cada cual debía tener y expresar libremente sus opiniones; que el ejército no debía defender más que la libertad, y, por último, que la ordenanza era la más bárbara y monstruosa de todas las leyes.

Creyendo que daban a los soldados una canonja que sabrían apreciar en todo su valor, se les daba el derecho electoral y se les obligaba a ir a votar, enseñándoles que podían rechazar la papeleta que les diesen o la indicación que les hicieran el cabo, el sargento o el oficial, y dándoles con ello una lección práctica de independencia e insubordinación que podría aplicarse a otros asuntos. Al propio tiempo se ponía a su frente, y para mandarlos, a oficiales anteriormente expulsados del ejército por sus delitos; se hacía de sargentos capitanes por haberse sublevado contra sus jefes y tal vez por haberlos asesinado; por último, se les halagaba con rebajas y aún con la licencia absoluta si faltaban a su deber, y se procuraba inocularles el virus de las más disolventes teorías.

En los días próximamente anteriores a la proclamación de la república, se dio desmoralización a los soldados, se dio desmoralización a los sargentos de artillería; se había dado durante muchos meses el no menor escándalo de conceder por cualquiera escaramuza más ascensos que otros se habían disparado, queriendo con ello crear un ejército adicto y no un buen ejército: se había estado durante cuatro años creando un ejército revolucionario, que es la más insignia de todas las locuras que se pueden imaginar.

Ahora se ha querido hacer un ejército republicano; se ha comenzado por reproducir y condensar todas las teorías que se han predicado a la clase de tropa durante los últimos cuatro años; se ha querido que el soldado fraternizara con el pueblo; al ver que resistía hacerlo, se le ha sacado de sus cuarteles; se le ha llevado a la plaza pública; se le ha hecho que se quite el ros y se ponga el gorro tricolor; se le ha hecho revolucionariamente; se ha aplaudido como a un gran ciudadano al soldado que ha subido a un balcón a arengar en igual sentido a sus compañeros, se han desmontado, sus injurias de respeto, sus atroces desmontos, sus injurias de palabra y obra a sus jefes; se ha aplaudido en los periódicos a soldados que habían desertado, y se ha dicho que habían dejado de ser soldados del ejército para constituirse noblemente en soldados del pueblo; se ha llegado a quitar a los regimientos sus banderas de los cuarteles, para devolverlas como por compasión a los cuatro o cinco días que no se había hablado una sola palabra acerca de la disciplina del ejército, y eso que en algunos puntos se presentaba en el estado de la más completa desmoralización; hasta entonces el soldado era hijo del pueblo y tenía los mismos derechos que todos los ciudadanos; hasta entonces los oficiales y jefes eran alfonso y debía sospecharse de ellos y no obedecerlos en nada; mas desde que ya no

Hasta hace ocho días no se había hablado una sola palabra acerca de la disciplina del ejército, y eso que en algunos puntos se presentaba en el estado de la más completa desmoralización; hasta entonces el soldado era hijo del pueblo y tenía los mismos derechos que todos los ciudadanos; hasta entonces los oficiales y jefes eran alfonso y debía sospecharse de ellos y no obedecerlos en nada; mas desde que ya no

Tantos disgustos, dijo la señora de Langleville, que ya me hubiera muerto; a no ser por estas dos queridas hijas, que necesitan mi cariño y mis desvelos.

Abrazó a nuestro tío, hijas, a este excelente tío de quien tanto os he hablado y por quien tantas veces he llorado, cuando teníamos perdida la esperanza de volverlo a ver.

—Sí, tío, dijo la mayor de las dos jóvenes, mamá lo ha llorado a Vd. mucho.

—Lo mismo que a mí tío Pedro, añadió la otra, a quien la madre acababa de apuntar esta expresión.

—Y a mí, Esteban, no me da Vd. un abrazo? preguntó la señora de Langleville.

—Con mucho gusto, mi querida Antoineta, dijo el tío Su presencia de Vd. me rejuvenece, y no hubiera yo aguardado a que Vd. hubiese venido a buscarme; mas no sabía yo que estuviese Vd. en París.

—Estoy con la familia de mi marido, pues no queda ya ningún pariente; y a no ser por este encuentro, mis hijas se hallarían solas en el mundo si yo las faltara.

—Esa desgracia no les llegará, porque me acordaré entonces de que mi querido hermano la llamó a usted su hija durante largo tiempo.

Toda esta conversación pasó a la entrada del patio, Francisca, que desde lejos veía a Esteban hablando con tres señoras hermosas, no fijó la atención en un principio; mas al ver que una tras otra pasaban a los brazos del tío, creyó que habían llegado algunas parientes muy queridas, y fué corriendo a darle aquella noticia a Cecilia. La joven no conocía a nadie a quien el armador pudiera hacer tan afectuosa acogida; pero se puso a mirar por medio de las celosías, y vio a la señora de Langleville que, apoyada en el brazo del bondadoso tío, se encaminaba hacia la casa.

El departamento de Esteban ocupaba el piso principal, porque deseando Cecilia que él estuviese enteramente en su casa, había hecho transformar en sala el cuarto de Pedro Lebrun, y cedido además el de

que tan hondas raíces ha echado en el mundo. Si algo de esto creyéramos, no escribiríamos una línea más, porque la tontería y la demencia no tienen cura. Y aunque las inconveniencias e incalificables manifestaciones hechas en la sesión del lunes por el Sr. Salmerón son en extremo desconsoladoras para el que desee mantener un resto de esperanza en este punto, todavía podemos creer, aludiendo a las personas más arriba nombradas, que nos dirigimos a hombres que tienen buenos deseos, aunque en política vayan en pos de quimeras; y suponiendo como hemos dicho que no desconocen ni la inmensa importancia, ni la indispensable preferencia ni el palpitante interés de la cuestión religiosa, vamos a decir acerca de ella algunas palabras.

Nosotros vamos a fundar la gran ciudad del derecho, decía en las Cortes, allá por el verano de 1869, el Sr. Castelar. La república es la justicia; la república es el orden, han dicho y siguen diciendo los hombres que están al frente de este Gobierno. Pues bien; el orden, la justicia, el derecho es, lo que nosotros pedimos para la cuestión religiosa, y no deseamos más que la estricta aplicación a ella de estos tres principios.

Los republicanos han dicho siempre que la Iglesia debe ser libre, independiente, y que debe estar separada del Estado. Conformes nosotros en lo primero, ni lo estamos ni podemos estarlo en lo segundo. Que la Iglesia, debe ser libre e independiente, no tiene duda. ¿Cómo no ha de darse completa libertad e independencia a lo que está llamado a difundir por todas partes la vida, el espíritu, el bien, la paz, en su más alta, más lata y más universal expresión? Que la Iglesia debe estar separada del Estado, es decir, que el Estado debe ser ateo y no profesar, fomentar y proteger la religión, ni sostenerla y sufragar sus gastos, eso no podemos aceptarlo en manera alguna. Esa doctrina la rechazamos en todos conceptos y por mil motivos, en cuya exposición no vamos ahora a detenernos.

Pero, hecha esta declaración para dejar a salvo nuestra doctrina y nuestros principios, volvemos al punto de donde hemos partido. Puesto que el Gobierno republicano, al declararse ateo, dice que la Iglesia debe ser libre e independiente, como no podía menos de decirlo con arreglo a sus principios, nosotros le pedimos que los haga respetar; que no consienta que la libertad de que disfrutaban las reuniones de todo género que se juntan, como se dice ahora, para los diversos fines de la vida humana, sólo se que- sin, que se reune para el más alto, el más noble, el más elevado, el más importante de esos fines. Le pedimos que no consienta por más tiempo el anatema que está pesando sobre las órdenes religiosas, mientras se respeta y se deja funcionar libremente a la Internacional; porque tan monstruosas contradicciones subleva las conciencias honradas. Le pedimos, en suma, que haga el orden en esta cuestión, el orden republicano, el orden que consiste en respetar la libertad absoluta e ilimitada de la Iglesia, emitiendo esta doctrina desde las regiones del poder, y haciendo que prevalezca en la práctica, a despecho de cuantas contradicciones puedan oponérsele.

Pero a la vez con el orden le pedimos la realización de la justicia y del derecho. La Iglesia ha sido infelizmente despojada de sus bienes. Nadie tuvo nunca facultad para atentar contra aquella propiedad, dos veces sagrada, con que la piedad de los fieles había enriquecido a la madre amorosa, a la dispensadora de los beneficios, a la consoladora de los afligidos, a la que impulsó con su aliento y fomento con generosa largueza las grandes obras que el arte cristiano ha llevado a cabo en nuestra patria y son objeto de admiración a propios y extraños. La revolución ha arrebatado a la Iglesia una

Suponemos ante todo que los Sres. Figueras, Pi y Suñer, ni consideran la cuestión de la Iglesia como cosa insignificante, porque saben muy bien que es la que más vivamente afecta y preocupa al país, la que más disgustos e inquietudes le produce, y por eso mismo es la causa principal del levantamiento carlista, ni tienen el mal gusto de venir con el látigo en la mano, y con el ridículo propósito de raer de la faz de la tierra la obra del Eterno, la institución que vive y se perpetúa a través de los espacios y de los siglos, el árbol divino

Mauricio, en el cual formó él una especie de museo, donde se hallaban clasificados con mucho gusto los objetos raros y curiosos que de sus largos viajes había traído. Pasó con la señora de Langleville y de sus hijas junto al cuarto de labor donde habitualmente se hallaba la señora de Lebrun, las hizo subir, y estuvo con ellas más de dos horas. Cecilia le oyó reír y hablar con una alegría que no era común en él; y no pudo dejar de sentir cierto disgusto.

—Son unas señoras muy amables, le dijo Francisca. Oye, mamá, cómo ponen alegre al tío Esteban. ¿Quieres que vaya yo donde están ellas?

—No, dijo Cecilia; tú irás si tu tío te llama.

—Mas decía que el anciano había olvidado a Francisca, de quien, no obstante, no se privaba por su gusto; y cuando abrió la puerta para bajar la señora de Langleville, oyó Cecilia que le rogaba con empeño no tardase en volver.

—Eso dependerá de Vd., Esteban, contestó la señora. Usted sabe donde vivimos, y también que mis hijas y yo tendremos sumo placer en recibirlo.

Y a propósito, tío, repuso al cabo de un instante; me presentará Vd. a la señora de Lebrun. La vi algunas veces en los primeros años de su casamiento; mas después ha guardado un retiro tan absoluto, que no me he atrevido a continuar visitándola.

Cecilia recibió a la señora de Langleville con perfecta política, bajo la que, sin embargo, se traslucía alguna frialdad; rogó, no obstante, que no olvidase que el armador había tenido mucha complacencia en verla; a las dos jóvenes hizo afectuosísima acogida, y prometió a la madre que Francisca acompañaría al tío Esteban cuando este fuera a pagarle la visita.

Ningún vínculo de parentesco unía a la señora de Langleville con la familia de Lebrun. Era joven Pedro Lebrun cuando su padre casó en segundas nupcias con una viuda de quien aquella era hija. Mas tanto Pedro como Esteban habían vivido algunos años bajo el mismo techo que Antoineta; y aunque

que tan hondas raíces ha echado en el mundo. Si algo de esto creyéramos, no escribiríamos una línea más, porque la tontería y la demencia no tienen cura. Y aunque las inconveniencias e incalificables manifestaciones hechas en la sesión del lunes por el Sr. Salmerón son en extremo desconsoladoras para el que desee mantener un resto de esperanza en este punto, todavía podemos creer, aludiendo a las personas más arriba nombradas, que nos dirigimos a hombres que tienen buenos deseos, aunque en política vayan en pos de quimeras; y suponiendo como hemos dicho que no desconocen ni la inmensa importancia, ni la indispensable preferencia ni el palpitante interés de la cuestión religiosa, vamos a decir acerca de ella algunas palabras.

Nosotros vamos a fundar la gran ciudad del derecho, decía en las Cortes, allá por el verano de 1869, el Sr. Castelar. La república es la justicia; la república es el orden, han dicho y siguen diciendo los hombres que están al frente de este Gobierno. Pues bien; el orden, la justicia, el derecho es, lo que nosotros pedimos para la cuestión religiosa, y no deseamos más que la estricta aplicación a ella de estos tres principios.

Los republicanos han dicho siempre que la Iglesia debe ser libre, independiente, y que debe estar separada del Estado. Conformes nosotros en lo primero, ni lo estamos ni podemos estarlo en lo segundo. Que la Iglesia, debe ser libre e independiente, no tiene duda. ¿Cómo no ha de darse completa libertad e independencia a lo que está llamado a difundir por todas partes la vida, el espíritu, el bien, la paz, en su más alta, más lata y más universal expresión? Que la Iglesia debe estar separada del Estado, es decir, que el Estado debe ser ateo y no profesar, fomentar y proteger la religión, ni sostenerla y sufragar sus gastos, eso no podemos aceptarlo en manera alguna. Esa doctrina la rechazamos en todos conceptos y por mil motivos, en cuya exposición no vamos ahora a detenernos.

Pero, hecha esta declaración para dejar a salvo nuestra doctrina y nuestros principios, volvemos al punto de donde hemos partido. Puesto que el Gobierno republicano, al declararse ateo, dice que la Iglesia debe ser libre e independiente, como no podía menos de decirlo con arreglo a sus principios, nosotros le pedimos que los haga respetar; que no consienta que la libertad de que disfrutaban las reuniones de todo género que se juntan, como se dice ahora, para los diversos fines de la vida humana, sólo se que- sin, que se reune para el más alto, el más noble, el más elevado, el más importante de esos fines. Le pedimos que no consienta por más tiempo el anatema que está pesando sobre las órdenes religiosas, mientras se respeta y se deja funcionar libremente a la Internacional; porque tan monstruosas contradicciones subleva las conciencias honradas. Le pedimos, en suma, que haga el orden en esta cuestión, el orden republicano, el orden que consiste en respetar la libertad absoluta e ilimitada de la Iglesia, emitiendo esta doctrina desde las regiones del poder, y haciendo que prevalezca en la práctica, a despecho de cuantas contradicciones puedan oponérsele.

Pero a la vez con el orden le pedimos la realización de la justicia y del derecho. La Iglesia ha sido infelizmente despojada de sus bienes. Nadie tuvo nunca facultad para atentar contra aquella propiedad, dos veces sagrada, con que la piedad de los fieles había enriquecido a la madre amorosa, a la dispensadora de los beneficios, a la consoladora de los afligidos, a la que impulsó con su aliento y fomento con generosa largueza las grandes obras que el arte cristiano ha llevado a cabo en nuestra patria y son objeto de admiración a propios y extraños. La revolución ha arrebatado a la Iglesia una

entre ellos y esta joven no habían mediado relaciones fraternales, le tenían, sin embargo, cierto aprecio. Ambos la dotaron, y Esteban había contribuido para que se casara con M. de Langleville, que estaba en buena posición y que la hizo muy feliz.

Antoineta, el envuado, conservó excelentes relaciones con Pedro Lebrun, el rico armador, y por lo tanto con su hijo, lo cual explica por qué Cecilia en los primeros años de casada la había visto; pero después de la catástrofe de cuyas resultas murió Pedro, la señora de Langleville se había retirado prudentemente, temiendo que el matrimonio llegara a necesitar de ella.

Esta conducta indignó a Mauricio; y habiendo tratado Antoineta de acercarse a él cuando supo que él se hacía célebre, fueron sus tentativas acogidas con tanta frialdad, que ella no procuró renovarlas más.

Desde aquella época Cecilia no la había vuelto a ver, y el tío Esteban no pensó en informarse de ella; mas esta supo, por un amigo suyo de Dieppe, que el antiguo socio de la casa de Lebrun había vuelto a Francia con gran caudal, que al parecer estaba resuelto a fijarse en ella, y que vivía en Saint-Mandé en la misma casa de Mauricio.

Si Esteban hubiera sido pobre, hubiera aguardado con paciencia a que él fuese a verlo, y aun quizá hubiera dado orden a sus criados para que no lo recibieran; pero a las dos horas de recibir la carta que le pintaba a aquel como un Crespo, se puso en marcha para venir a buscarlo.

¿Cuál era su plan? Ella misma no lo sabía, y acaso no tenía ninguno; mas siempre se puede ganar algo junto a un viejo muy rico, sobre todo cuando es generoso y extravagante, como lo era Esteban.

La señora de Langleville había alocado a sus hijas para que le ayudasen a ganar la benevolencia del armador; así, era de ver con qué tonos dulces y zalamera le llamaba su buen tío, y cómo por complacencia se extasiaba mirando las rarezas que él le enseñaba.

Madrid.—Administración y Redacción del periódico, calle de la Visitación, 3, 2.º

Extranjero.—París, para suscripciones y anuncios, C. A. Saavedra, rue Taitbout, 55. —Para suscripciones también, librería de E. Duma, rue de la Harpe, 2.

Londres, para anuncios y suscripciones, C. A. Saavedra, 1, Cecil Street Street-Strand. En Madrid la suscripción se abona en efectivo. Las de provincias del propio modo, a por libranza del Giro postal, o sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo, se servirán las suscripciones.

Ultramar.—El importe de las suscripciones que se envían por cualquiera clase de giro, se aplica que sea en carta certificada.

El importe de las suscripciones que se envían por cualquiera clase de giro, se aplica que sea en carta certificada.

NÚM. 941.

Se trataba de parar á toda costa el movimiento federal de esta ciudad. Vista por la Diputación, que tenía asumido todos los poderes, la excitación pública y recibido distintas comisiones, resolvió comunicar y poner en práctica uno de sus acuerdos que presentó en forma de decreto al pueblo y transmitió á los dis-

